

A TRAVÉS DE LA REGIÓN

Molina

Molina aparece con tal nombre bajo la dominación árabe, con reyes propios, aunque tributarios del de Valencia, siendo los últimos, según la historia de Portocarrero, Abehomar y Abenacanon, tal vez éste sea el que con el nombre de Abengalbon se cita en varios pasajes del Romancero del Cid, como muy amigo de D. Rodrigo, y al que, según dicho romancero, facilitó el paso por Molina, hospedándole con sus hijas en su palacio. (1)

El origen del nombre de Molina se desconoce; el citado Portocarrero presume pueda venir del de su fundador Molos, hijo de Malonia, diosa de las abejas, pero no puede esto pasar de una aventurada suposición que no resiste la sana crítica, siendo más verosímil que el nombre de Molina provenga de los muchísimos molinos harineros que existen y de antiguo existieron en las riberas del Gallo, y esto lo confirma el que en uno de los cuarteles de su escudo figuran dos ruegos o piedras de molino.

Respecto a la fecha exacta en que fuera reconquistada a los árabes, tampoco puede determinarse por no existir documentos fehacientes. Portocarrero cree que fué el año 1126 y el P. Mariana en 1132, lo que corrobora Lafuente, y el obispo de Sigüenza, Fray Toribio Minguella, en su moderna historia de la Diócesis dice que Molina fué reconquistada por D. Alfonso el Batallador, sin determinar la

(1) Romancero del Cid 1460-1475-2635.

fecha. Lo que sí parece es que la reconquista debió tener lugar el día de Santa Catalina, pues hay un refrán antiguo que expresa: *En Santa Catalina se ganó Molina*, y dicho día, desde tiempo inmemorial, a expensas del Ayuntamiento, se celebra una solemne función religiosa con asistencia del Concejo.

Tampoco se puede determinar cuál fuera la fecha de su constitución en Señorío independiente. Salazar dice que en 1152 era ya Señor de Molina el conde D. Manrique de Lara, pero desde cuándo? Todos los historiadores hacen mención de la manera novelesca como tuvo lugar esta erección, diciendo que los reyes de Aragón y Castilla habían contienda sobre la posesión de Molina, y para dirimir la cuestión nombraron como árbitro al conde don Manrique, el que dictó el bando apropiándose para sí y sus descendientes en línea masculina el territorio de Molina, con carácter de Señorío independiente. Nosotros no creemos que esto pase de ser una leyenda, y lo más probable sería que, valiéndose D. Manrique de su gran predicamento en la Corte, se apropiara este Señorío, o bien que fuera por él conquistado, y en esto coinciden D. José Antonio Ubierna y D. Miguel Sancho en sus notables estudios jurídicos sobre el fuero de Molina.

Durante la guerra de la Independencia se distinguió por su resistencia al invasor, la que fué premiada otorgándole las Cortes de Cádiz el título de Ciudad.

Crónica

También nosotros aplaudimos

Creo que lo mismo que a todos los españoles nos asiste el *derecho al patalo* y este le empleamos cuando queremos dar a entender en una reunión pública de gran número de personas, usando y hasta abusando de él en ocasiones, que lo que vemos o escuchamos no es de nuestro agrado, así del mismo modo debe asistirnos este otro *derecho del aplauso*, tan sagrado como el anterior cuando nos identificamos por completo con los actos que impresionan alguno de nuestros sentidos.

Y no debemos reparar en entremezclarlos indistintamente lo mismo cuando queremos premiar con el chocar de las manos un erótico cuplé de la «Bella Tanguito», por ejemplo, que cuando algún político de tal o cual partido y de mayor o menor *altura* desafina en el concierto social y con el ruido producido por el patalear le indicamos discretamente se marche.

Reconozco que nuestros aplausos en este caso vienen a ser algo parecido a los de un chucuelo de seis o siete años a quien su padre lleva a la plaza de toros a ver al Gallo y que, entusiasmado por el brillo de los trajes de luces del matador o por las cabriolas que hace el caballo que el alguacillito monta, en sus ojos resplandece la alegría de su alma y con sus manos, harto diminutas, aplaude.

Sus aplausos son sinceros. Con seguridad más que escucha la gente del ruedo.

Pero... ¡cuán poco se oyen!

Así nos sucede a nosotros.

Entusiasmados por el proceder del Gobierno en la represión, lo menos sanguinaria que se pudo imaginar, de los desmanes cometidos por los huelguistas en los pesados disturbios ocurridos en España, también aplaudimos.

No solamente batimos una contra otra las manos demostrando que nos gusta la labor de los ministros de la Corona en esta cuestión, sino a esos españoles hidalgos que en las columnas de los diarios y hasta en las de los hebdomedarios, lanzan la generosa idea de abrir suscripciones acudiendo en socorro de toda cla-

se de víctimas de las pasadas y aún no lejanas revueltas.

No me extrañaría que hubiese lectores pusilánimes, de espíritu encogido y hasta (¿por qué no decirlo, si es verdad?) retrógrados que no contribuirán al llamamiento de la caridad, invocando la más opuesta comunión de ideas entre las víctimas y él, hombre de *recta conciencia y sanos sentimientos*.

¿Existieron realmente o no las víctimas?

Si no existieron, acusemos al Gobierno de habernos engañado en cosa tan seria como esta.

Si, por el contrario, las hubo, aparte de nuestra imaginación las ideas políticas de los que murieron dejando una familia en desamparo, y no veamos en los parientes que les sobreviven sino un semejante que morirá de hambre o caerá en el vicio, si esa sociedad que murió al deudo del que hoy implora nuestra caridad no le atiende.

Y conste que no somos de los que nos preocupamos por si Melquiades Álvarez está en España o si huyó tras el Pirineo, que dice ahora la gente *bien*, y si Lerroux recibió o no dinero, haciendo ese movimiento pseudo-revolucionario para *justificar* el dinero que recibió de Francia.

Pero ¡caray! me he puesto hasta casi serio en esto que, aparte la tragedia que lleva consigo, no viene a ser sino una farsa más que añadir a las representadas en el teatro de la vida.

Demos, por tanto, la nota humorística, jocosas, alegre, para dejar un buen sabor de boca al que esto leyere y de la prensa diaria recortamos los siguientes renglones:

«Er Clú Guerrita de Córdoba, sosiedá coletuda que preside er señó Machaquito, ha dirigió ar Gobierno er siggiente telegrama... u lo que zea:

«Sociedad Club Guerrita de esta capital complácese en manifestar a Gobierno de su presidencia el más entusiasta aplauso y adhesión por acertadas medidas adoptadas contra manejos anárquico-revolucionarios, y muy especialmente a nuestro querido paisano D. José Sánchez Guerra, que bien puede apuntarse esta jornada como mayor triunfo de su vida política.»

Los clubs gallistas también felicitan al ministro de Gobernación por la diligencia con que las fuerzas a sus órdenes reprimen los conflictos de orden público que en todas las plazas provoca el Rafael III.

Terminaremos este artículo diciendo, por si hay algún malicioso que me crea partidario de los líderes socialistas o de los revolucionarios, que soy enemigo de las perturbaciones del orden público y que aplaudo con *ambas manos*, según dice el ilustre tribuno Sr. Polo y Peyrolón, la labor represiva que hizo el Gobierno de S. M. en la última etapa, y... hasta aún más dura si se quiere, que cortando un miembro enfermo, el cuerpo sano.

Carlos Burgos.